

inteligencia con Napoleón, porque Ollivier no quería aumentar la carga de contribuciones con la reforma del ejército y pedía una política pacífica decidida. El 10 de enero vió al emperador, y si bien terminó la conferencia quedando ambos favorablemente impresionados, se renunció á la entrada de Ollivier en el ministerio. El mismo Ollivier declaró á Napoleón que podría ser más útil al gobierno apoyándolo independientemente, pues el emperador tenía bastante con Rouher. A la comunicación por escrito de sus ideas de reforma, contestó Napoleón en una carta muy atenta, fechada en 15 de enero, en la cual decía: «Créame usted: no es la indecisión ni la presunción vanidosa de mi prerrogativa lo que me hace vacilar, sino el temor de renunciar á los medios de restablecer el orden moral, base esencial de la libertad.» A renglón seguido exponía las dificultades que ofrecía el dar libertad á la prensa, é indicaba con grande acierto lo mucho que importaba efectuar el coronamiento del edificio de un golpe, pues «no es conveniente que se me obligue cada año á nuevas concesiones, porque, como dice Guizot, uno cae siempre del lado á que se inclina.» Terminaba la carta diciendo que Ollivier le había inspirado completa confianza, añadiendo que su conformidad con sus ideas les daba todavía mayor valor. Hubo después otra conversación en la cual el emperador se mostró dispuesto á conceder la responsabilidad ministerial, el derecho de reunión y una ley sobre la prensa; diciendo, sin embargo, que estas concesiones se calificarían de insignificantes si no resucitaba por completo el sistema parlamentario, pues parecía que, á pesar de todas las libertades que el pueblo disfrutaba, no había concedido todavía ninguna. No tenía Napoleón el sincero impulso necesario para seguir una nueva política interior ni la confianza en su éxito, y por esto lo que entonces hizo llevó el sello de un cambio á medias. En el consejo de ministros del 17 de enero anunció el emperador á sus consejeros su intención de conceder una ley liberal de imprenta y la libertad de reunión, rogándoles al mismo tiempo que permanecieran en sus puestos. Rouher indudablemente tenía motivo para mostrarse ofendido por lo ocurrido durante las últimas semanas, porque Walewski no le había dado noticia de la conversación de Ollivier con el emperador ni de haberse ofrecido á aquél un ministerio, é igualmente ignoraba que el emperador se hubiese inclinado á favor de las reformas. Por esto declaró conveniente que todos los ministros presentasen su dimisión para dejar al emperador en libertad. Así se hizo, y el *Monitor* publicó el 19 de enero, á la vez que la dimisión, los nuevos decretos acompañados de una carta del emperador á Rouher, en la cual decía que lejos de conmovir las innovaciones las bases á las cuales el país debía quince años de paz y prosperidad, las consolidarían si se coronaba con nuevas garantías el edificio levantado por la voluntad del pueblo. Añadía que había llegado la hora de dar á las instituciones del Imperio el desarrollo de que eran capaces. En adelante cualquier ministro, por encargo especial del emperador, podría representar las ideas del gobierno en el Senado ó en el cuerpo legislativo; se concedió á las dos grandes corporaciones el dere-

cho de admitir interpelaciones, bajo la condición de que en el Senado fuesen aprobadas las tales interpelaciones previamente por dos de las cuatro secciones, y en el cuerpo legislativo por cuatro de las nueve secciones. En cambio se suprimiría el debate de contestación al discurso del trono, que había excitado sin ningún provecho las pasiones y había dado lugar á discusiones estériles. Con más energía que esta carta hizo resaltar el periódico oficial en sus notas explicativas que no se trataba de una modificación de la Constitución; que los ministros no podían ser diputados y eran responsables únicamente ante el emperador cada uno por las disposiciones que tomara en su ramo. En esta inteligencia no había motivo para que Rouher y sus colegas mantuvieran su dimisión; pero insistieron en ella Fould, Randón y Chasseloup-Laubat, encargándose Rouher de Hacienda además del ministerio de Estado, Niel de la Guerra y Rigault de Genouilly de la Marina. Lavalette persistió al principio en su primera resolución, diciendo que no tenía práctica de hablar ante la Cámara; pero al fin cedió á las instancias de la emperatriz, y entonces retiraron también los demás ministros su dimisión sin ninguna dificultad. Los decretos perdieron con esto su importancia en la opinión pública, que creyó ver una ficción en las reformas, cuya realización se quería fuese confiada á personas nuevas, puesto que de una política nueva se trataba, para la que no estaban capacitados los ministros antiguos. Los propósitos del emperador eran sinceros, pero debió temer que se atribuyera el mérito de las reformas exclusivamente á Ollivier si daba á éste el poder, y al servirse de Rouher quiso dar á entender que las reformas no eran el programa de un ministro, sino que se debían únicamente á la iniciativa imperial. Lo que había de acertado en este cálculo quedó muy debilitado por la circunstancia de que nadie creía en las simpatías sinceras de Rouher respecto del nuevo sistema, y su conducta confirmó este juicio. Se aseguró á la mayoría que los decretos de enero no habían sido resultado de la enmienda de los cuarenta y dos, sino que el emperador había tenido en cuenta «el progreso prudente» de la libertad que la mayoría había recomendado en la contestación al discurso del trono. Respecto á Ollivier observó el ministro de Estado una actitud muy fría.

Al abrirse la legislatura después de las concesiones, Napoleón habló en el discurso del trono de las grandes aglomeraciones de los pueblos, teoría que hizo remontar á Napoleón I. Mostróse seguro y satisfecho y dijo que la paz no se turbaría, pero que convenía aumentar las fuerzas defensivas de Francia para que fuese invulnerable. No olvidó encomiar las reformas liberales. Las conferencias que conforme al deseo del emperador había de celebrar Rouher con Ollivier con motivo de las prometidas leyes sobre la prensa y la libertad de reunión, se paralizaron luego, y un incidente parlamentario hizo irremediable el rompimiento. Ollivier quiso tomar la palabra en la sesión del 26 de febrero; Rouher pretendió que á él le correspondía, y habló con tanta extensión que al fin la mayoría pidió que se declarase el punto bastante discutido, de modo

que Ollivier no tuvo más remedio que conformarse con la exposición y el discurso del ministro. El disgusto de Ollivier aumentó y su posición se hizo insoportable, pues apenas estaba en contacto con la izquierda, los jefes del tercer partido no querían dejarse obscurecer por él, en quien veía un enemigo peligroso la mayoría, que fundó un círculo convertido en centro de la resistencia á las reformas. Una de sus primeras intrigas fué impedir, por cierto con buen éxito, que Ollivier fuese elegido para la comisión que había de dar dictamen sobre la ley de imprenta, no obstante la declaración de Walewski de que el emperador deseaba su elección. Walewski presentó su dimisión de presidente y fué nombrado Schnéider.

La mayoría, más imperialista que el emperador, aplazaba dictaminar sobre los proyectos de ley de imprenta y de reunión para que no se aplicasen. Causó alguna inquietud la autorización concedida para fundar sesenta y siete periódicos políticos nuevos, de los cuales correspondían veintinueve á París. A esto se agregaron rumores de que el emperador se impacientaba y meditaba la disolución de la Cámara, lo que se atribuía á la aversión de la mayoría á la ley del servicio militar y al disgusto que causaban á Napoleón las ideas reaccionarias de la misma mayoría; pero la verdad era que los adversarios más ardientes de las reformas hablaban del emperador en ciertos momentos de la manera más irrespetuosa, oyéndose expresiones como éstas: «Si ya no sabe gobernar, que se vaya; no puede hacerse nada con él, pues parece una persona que está empeñada en arrojar por la ventana; se ha emponzoñado á la mayoría con los decretos de enero, y urge que arroje el veneno antes de que sea tarde.» Al fin las comisiones tuvieron que presentar á mediados de junio, y á pesar de su repugnancia, sus dictámenes, cuya discusión se aplazó hasta noviembre. Disgustado Ollivier por el aplazamiento, desahogó su cólera á costa de Rouher, diciendo que los unos le llamaban primer ministro, otros gran visir y otros mayordomo, pero que en realidad era un vice-emperador irresponsable, que se oponía con todas sus fuerzas á la transición del gobierno de la dictadura á la libertad. Estas frases hirieron á Napoleón, que respondió enviando al fin de la legislatura á Rouher la gran cruz de la Legión de Honor con una carta muy afectuosa «para indemnizarle de los injustos ataques de que era blanco.» No se creyó que el emperador, al hacer tal manifestación, sólo hubiera pensado en el debate sobre la expedición mejicana, en el cual Favre el día antes había dicho á Rouher que en un país libre se le formaría causa. Por lo demás, desde aquel momento Ollivier rompió otra vez completamente sus relaciones con las Tullerías.

El proyecto de ley de organización del ejército, á pesar de que su discusión era tan urgente como necesaria, también fué aplazado, gracias á que la mayoría, falta de perspicacia y de elevación de miras, á la par que temerosa de los sacrificios que el proyecto exigía, y la oposición, por la desconfianza que el gobierno le inspiraba, estaban mal dispuestas; á lo que hay que añadir que el gobierno vacilaba en arrostrar los debates, á pesar de que no se le ocultaba que no se

debía perder tiempo, porque Francia no podía continuar sin disponer de un buen ejército. Ciertamente que el proyecto de ley atenuaba el primitivo plan de la comisión extraparlamentaria, pues si bien conservaba los nueve años de servicio, los cinco primeros se prestaban en activo ó en la reserva y los otros cuatro en la guardia móvil. El gobierno podría llamar la reserva al activo, aun en tiempo de paz; pero á la guardia móvil sólo se la llamaría en virtud de una ley ó de decreto, que debería convertirse en ley en el espacio de veinte días. Se llamaba á todos á las armas, mas esto no era aún el verdadero servicio obligatorio, pues se admitía la redención á metálico para el servicio activo, y mediante sustitución para la reserva y la guardia móvil.

Si la legislatura fué infecunda para los verdaderos intereses de Francia, porque las pasiones políticas no permitieron hacer lo que necesitaba, en cambio abundaron los incidentes provocados por los partidos. La discusión sobre política extranjera fué ruidosa, pues M. Thiers recordó la historia de la política francesa desde el siglo xvi; opuso á la teoría de las nacionalidades que, según él, había extraviado al gobierno imperial y perjudicado á Francia, la del equilibrio europeo, que sostuvo constituía la tradición francesa. Thiers asimilaba la unidad de Alemania á la de Italia, y lamentaba que ésta se hubiese realizado, porque había traído aquélla. Las conclusiones de M. Thiers fueron que había que oponerse á que la unidad de Alemania se completase. «La verdadera política, dijo, consiste, admitiendo los hechos consumados, en declarar en voz alta que no se permitirá que se vaya más lejos; lo que no es reaccionar contra los acontecimientos, sino contenerlos, suspenderlos ó, cuando menos, aplazarlos.»

Para esta política se necesitaba un ejército fuerte, pues si Prusia pudo realizar sus planes se debió á que Francia no estaba preparada, y los diputados no se mostraban dispuestos á apresurar la reorganización.

M. Thiers no aconsejaba que se declarase la guerra á Prusia, pero sí que Francia se aproximara á Inglaterra, á Austria y á los pequeños Estados mientras se preparaba para la lucha. Consecuente con sus afirmaciones, aprobaba las reformas militares. Vefía claro y sacrificaba los intereses de partido á los nacionales; pero, por desgracia, no todos los diputados estaban dispuestos á hacer el mismo sacrificio. Sus conclusiones merecían ser meditadas por todos los franceses, hasta por los que no admitían sus teorías. Después de haber enumerado todos los errores del gobierno imperial, le dirigió estas terribles palabras: «Ya no le queda ninguna falta por cometer.»

Grande fué la impresión que produjo el discurso, sin exceptuar á la misma mayoría. M. Rouher se mostró enérgico al contestarle, diciendo que no se había cometido una sola falta y que la situación al otro lado del Rin era mejor para Francia que antes, pues Alemania quedaba dividida en tres grupos, entre los cuales contaba al Austria alemana. Como consecuencia, Francia podía mirar el porvenir con profunda tranquilidad. Julio Favre replicó al ministro con este dilema: «O vuestro discurso no es más que una exageración que no se apoya

en los hechos reales, ó debéis retirar vuestro proyecto de ley militar.» Tenía razón.

Los debates pusieron de manifiesto las ilusiones de los hombres de la izquierda respecto á Alemania. Garnier Pagés se hallaba tan atrasado que estaba en los tiempos de 1848 y no había pasado del pacto fraternal propuesto por la segunda constituyente al Parlamento de Francfort; y tan grande era su candidez, que creía que en Alemania la opinión se pronunciaba cada vez con mayor energía contra Bismarck, cuya obra, afirmaba, «encontrará obstáculos que la destruirán.» Emilio Ollivier preconizaba la alianza franco alemana, y si bien admitía que se impidiese á Prusia que acabase la unificación de Alemania por la fuerza, no quería que se pusiesen obstáculos á que Alemania se unificase libremente.

El término del debate fué ruidoso. Thiers había criticado el principio, con frecuencia emitido por Napoleón, que consistía en que el pueblo sancionara ó rechazara las anexiones por medio del plebiscito. M. Rouher aprovechó la ocasión para defender el derecho de las naciones y la soberanía del pueblo, y provocó una tempestad parlamentaria para levantar el espíritu de la mayoría. «La nación, dijo, proclamó libre y espontáneamente á Luis Napoleón después del 2 de diciembre.» Al oír esto, la izquierda se levantó lanzando gritos de ira; y Thiers, uniéndose á los republicanos, exclamó: «No habléis del 2 de diciembre delante de aquellos á quienes proscibió.» No se amilanó Rouher, quien replicó que el 2 de diciembre había salvado á Francia. Se cruzaron de banco á banco los más violentos apóstrofes, y de pie mayoría y minoría, se amenazaban y estaban á punto de pasar de las palabras á los hechos. La orden del día fué votada por 219 contra 45.

Bismarck desvaneció la teoría de Rouher que dividía Alemania en tres grupos, publicando los tratados secretos firmados por Prusia con los Estados del Sur del Mein. ¿Lo sabía el gobierno francés? Sí, según revelaciones posteriores de M. Rothan, entonces encargado de Negocios en Francfort. Bismarck había dado noticia de dichos tratados al embajador francés bastante tiempo atrás; pero en el Parlamento los gobiernos, acosados por las oposiciones, que con tal de herir desnaturalizan los hechos, suelen defenderse atenuando y también ocultando la verdad.

XXVI

CUESTIÓN DEL LUXEMBURGO. — EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1867

A pesar de las palabras pacíficas del emperador y de sus ministros, la opinión estaba preocupada porque temía que estallase la guerra. Napoleón estaba empeñado en anexionarse algún territorio, teniendo más en cuenta el efecto que el hecho produciría en los franceses, que la importancia del pedazo de tierra que se unía á Francia. Hemos dicho que después de haber desistido de la rectificación de frontera en el Rhin y luego de la anexión de Bélgica, pensó en el Luxemburgo, cuya parte oriental formaba un gran ducado perteneciente al rey de Holanda. Como Bismarck no le secundara, resolvió dirigirse directamente al monarca holandés para comprárselo. La adquisición hubiera tenido alguna importancia desde el punto de vista estratégico, pues las fortificaciones construidas por Vaubán habrían protegido la frontera francesa. El Luxemburgo había entrado á formar parte de la Confederación germánica en 1815, y en su nombre Prusia daba guarnición á sus plazas.

Bismarck había aconsejado á Napoleón que tratase con el rey de Holanda y ultimase el asunto antes de la reunión del Reichstag ó Parlamento de la nueva Confederación; pero Napoleón no aprovechó el consejo, dado en septiembre de 1866, y hasta febrero de 1867 no entabló las negociaciones con el rey de Holanda, á quien en marzo aseguró el embajador francés que no había que temer ninguna objeción de Berlín; la anexión sería ratificada por un plebiscito y se fijaría la indemnización. El rey accedió á medias diciendo: «Pues bien; yo no digo que no,» prometiendo tener el asunto secreto. Moustier autorizó al embajador para ofrecer cuatro ó cinco millones de francos y firmar los dos tratados.

Cuando el despacho de Moustier llegó á la Haya, había ya sospechado el rey que no existía la mejor armonía entre Francia y Prusia, y propuso al embajador francés encargar de la cesión á las potencias firmantes del tratado de 1839. En vista de esto Moustier ordenó á Benedetti que obtuviese la adhesión de Prusia; pero Bismarck le declaró que no solamente tenía que contar con el rey, sino también con el Parlamento y con la opinión pública, por cuyo motivo no podía autorizar á nadie para declarar que Prusia había consentido en la incorporación del Luxemburgo á Francia; pero como nadie había protestado contra la anexión, el rey de Holanda creyó que podría ceder é hizo te-